

rectivas impresas al partido son las más exactas.

Cuando esto ocurre, las derrotas se justifican con las consabidas conjunciones de fuerzas electorales, manejos comunistas, y hasta los sabotajes desde adentro.

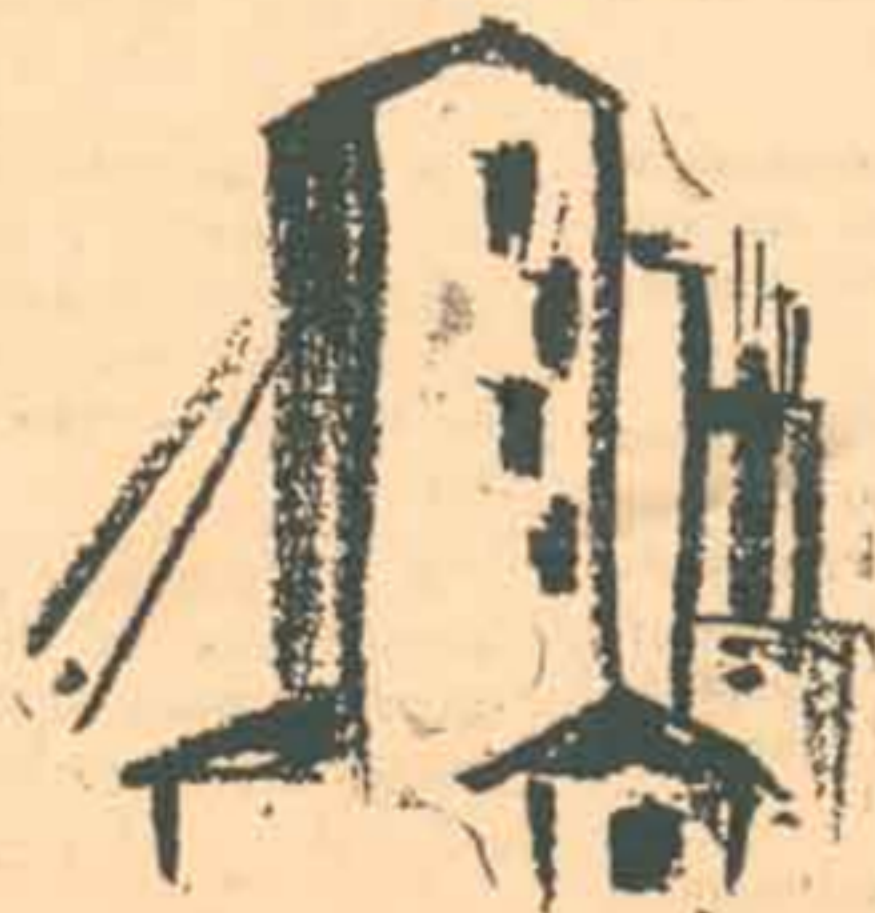
En realidad, no era otro el resultado que se podía esperar en Entre Ríos. Hacer una campaña electoral sobre la base fundamental de la defensa de la democracia, cuando al electorado se le presenta el partido radical como única fuerza capaz de vencer al conservadorismo, y por lo tanto a la reacción en nombre de la democracia, debía de ser lógicamente fatal.

¿Es que nuestro partido no tiene otro fin que el de aparecer ante las masas como defensor de la democracia como único fin? ¿Y los eternos problemas de las masas obreras que no tendrán solución dentro del régimen capitalista? ¿Y el hambre y la miseria del campo argentino? ¿Es que no ha llegado el momento de que algunos piensen si los principios contenidos en las plataformas socialistas sobre el problema agrario, no cuajan porque no contemplan las aspiraciones de las masas campesinas?

A todos estos aspectos generales, en La Pampa se ha agregado el hecho de que hayan quedado fuera del partido elementos de gran valor ideológico y personal, que habían conducido al movimiento socialista a un grado de desarrollo hasta ahora inigualado. Basta observar los resultados, para comprobar que es en las localidades donde más actuaban dichos camaradas, donde los resultados han sido más desfavorables, y no porque de parte de los mencionados ex-afiliados se haya hecho nada para provocar la derrota.

Nos halaga el hecho de que en localidades donde existen para las ideas que difunde nuestra revista un excelente ambiente, se hayan obtenido resultados que contrastan con los del resto de la gobernación.

Agitar los problemas que contemplan las necesidades de las masas obreras, con directivas socialistas, saliendo del marasmo actual, es la necesidad del momento.



El Triunfo en la C. Federal

Nuestro partido ha triunfado ampliamente contra la reacción en la Capital Federal. El candidato de la Concordancia burguesa fué derrotado a pesar del despliegue de fuerza y propaganda realizada. La cantidad de votos que polarizó el candidato socialista fué mayor que el esperado.

Ciento ochenta mil votos que afirman electoralmente los ideales de la democracia. No negamos el valor que representa esta cantidad. ¿Pero quiere decir que todos son votos socialistas? ¿Quiere decir este triunfo que la reacción fascista ha muerto? No olvidemos que veinticuatro horas anteriores a la ascensión del poder de los nazistas en Alemania, la social-democracia había conquistado millones de voluntades electorales. Sobre la urna triunfal de los escrutinios, la cruz gamada impuso su voluntad y su poder por la violencia y el crimen.

Este triunfo reconforta, pero no podemos ni debemos dormirnos sobre la cantidad de los votos, por que sabemos que la expresión electoral no es nada, si detrás no existe la fuerza socialista capaz de defender en cualquier circunstancia y en cualquier terreno los grandes ideales que representa para nosotros la clase trabajadora, y que se halla acechada por las reacciones sangrientas de la burguesía.

“Izquierda” ve con alegría los ciento ochenta mil votos que acompañan al partido, pero hará lo posible para que esos votos sean socialistas.

Carlos Sánchez Viamonte

EL MOMENTO POLITICO

Desde el 20 de Febrero de 1932, es decir, desde que ocupó la presidencia de la República el General Justo, hasta ahora, el país entero ha vivido esperando acontecimientos decisivos.

El viejo pleito entre el régimen y la “causa” vuelve a presentar sus antiguos aspectos. El régimen otra vez en el gobierno; la “causa” en la oposición, en el ostracismo.

Sin embargo, las líneas no aparecen claramente tendidas ni se definen del todo las posiciones. Entre los hombres del régimen hay quienes afirman pertenecer a la “causa”. Son radicales por su origen y no dejan de serlo cada vez que les conviene, sin perjuicio de usufructuar las posiciones que, como régimen disfrutan.

La “causa” no hace oposición. No la hizo nunca. Su vieja arma de combate, acaso la única que posee, es la abstención, ribeteada de conspiración inofensiva. Vuelve a emplearla ahora, con la misma eficacia de antes.

Los términos de esta lucha se definen en las respectivas actitudes, por eso revisten ciertas formas transaccionales. El régimen sabe que va a ceder, como la otra vez a esta fuerza multitudinaria y ambigua que la Unión Cívica Radical representa como expresión de una clase media muy numerosa y de una buena parte del proletariado, aspirante a clase media.

Uriburu y sus huestes constituyen la parte del régimen que resiste o quiere resistir esta vez a la fatalidad, y que no cree en ella por haberla vencido con su audacia el 6 de Setiembre.

Los fascistas de ahora son una parte del régimen, cebada y engolosinada por aquel triunfo efímero. Un grupo de políticos “apolíticos”, claramente advertidos de que las “fuerzas vivas” de la Nación — la alta burguesía-terratiente e industrial — ejerce todavía una influencia política decisiva, pero en trance de agonía.

A su turno la U. C. R. se halla constituida por un grupo de políticos desalojados del gobierno que, tras la dura lección, han llegado a comprender la necesidad de cultivar otra enorme fuerza política, aún no decisiva por falta de organización y dirección, pero madura ya para imponerse como avasalladora voluntad mayoritaria. Esta fuerza la forma la pequeña burguesía en su mayor parte. Nietos e hijos de extranjeros comerciantes, industriales y profesionales, conocedores de las ventajas pecuniarias del oficialismo, aliados de una escasa porción de la alta burguesía rival del régimen.

El movimiento del 6 de Setiembre fué un estallido colectivo provocado por los residuos más típicos del régimen, encontró su cabal expresión en el grupo uriburista y su más poderoso apoyo en el imperialismo extranjero y en la natural complacencia del ejército conmovido en su fibra conservadora de casta. Enseñada se le acopló la Iglesia, lista siempre para el coronamiento de todo triunfador y predispuesta en este caso por una probada experiencia de su falta de arraigo y simpatías en la masa.

La “causa” se sintió humillada y ultrajada, pero no vencida del todo. Ella podía reaccionar neutralizando con mansedumbre heroica y sentimental la acción opresiva de aquellas fuerzas organizadas: ejército, iglesia, imperialismo financiero e industrial. Abrigaba, además, una legítima esperanza. El gobierno no le era adverso. Acaso se convertiría en su aliado en el momento oportuno. Los herederos de Uriburu en el P. E. estaban con el régimen, pero no querían ser el régimen propiamente dicho, aleccionados por la experiencia anterior de su efímera estabilidad. Hacían y hacen aún su doble juego que no deja nunca

